

Diálogos con

Juan Ramón de la Fuente

# LA UNIVERSIDAD REDIVIVA

Ignacio Solares



Diálogos con  
Juan Ramón de la Fuente

# LA UNIVERSIDAD REDIVIVA

Ignacio Solares



LA UNIVERSIDAD  
REDIVIVA

DIÁLOGOS CON  
JUAN RAMÓN DE LA FUENTE

---

IGNACIO SOLARES

LA UNIVERSIDAD  
REDIVIVA

DIÁLOGOS CON  
JUAN RAMÓN DE LA FUENTE

TAURUS

---

PENSAMIENTO

La respetabilidad de un rector de universidad es primordial. En México la perdimos, ¿sabes quién la restauró? Juan Ramón de la Fuente. Él restauró el prestigio del rector. Estuvo ocho años de rector. Y no pudieron con él. Acabó con las pandillas, acabó con el desorden y le devolvió a la Universidad la respetabilidad de su autoridad, que había perdido.

CARLOS FUENTES

---

## INTRODUCCIÓN

Hasta el tiempo se mezclaba y confundía esa mañana del 25 de enero del 2000 en que esperábamos en la avenida de los Insurgentes la llegada del Rector, quien el día anterior había decidido entregar a los representantes del Consejo General de Huelga (CGH) una copia del plebiscito en el que más de 180 000 universitarios —90 por ciento de ellos— se manifestaban tajantemente por levantar el paro que tenía cerrada la UNAM desde el 20 de abril del año anterior.

La multitud empezó a congregarse varias horas antes, cuando el perezoso sol invernal terminaba apenas de desenredar las últimas hebras de neblina en los árboles y aún podían escucharse, aquí y allá, los cónclaves de unos pájaros mitoteros, informantes del alboroto en que nos meteríamos nosotros mismos poco después.

Había algo vertiginoso y crispado en los rostros que llegaban, un como halo de rito por cumplir, la inminencia de que en cualquier momento y con cualquier pretexto, lo cotidiano recobraría —¡por fin!— su dimensión mítica y trágica. Muy en especial si la efervescencia del reclamo y la protesta llevaban diez meses gestándose y alentándose (en buena medida, al margen del conflicto universitario). Algo que se potenciaba y exacerbaba apenas tomaba uno conciencia —y cómo no hacerlo— de las transmisiones televisivas y radiofónicas en vivo y en directo, de que casi el país entero se había paralizado aquel día para enterarse del acontecimiento. Los *ratings*, por las nubes; los tirajes de periódicos y revistas reportaban cifras estupendas.

“La UNAM es como el corazón de la ciudad. ¡Si continúa el paro nos vamos a infartar todos!”, declaró al periódico *Reforma* una de las llamadas Damas de Blanco, quienes semanas antes hicieron una manifestación en los puentes del Periférico —para no obstruir el tránsito— en contra de la huelga.

*El Universal*, por su parte, informaba: “Saldos de la huelga: cinco mil universitarios sin título. Se han perdido 206 925 000 horas de alumno /clase”.

Grupitos de estudiantes —¿paristas o antiparistas?— se conformaban, se apretujaban, intercambiaban risas y seguramente informaciones secretas, en una voz inaudible, de inflexiones agudas, de sílabas copuladas.

El sol también ganaba nuevos espacios con grandes esfuerzos y empezaba a adquirir la forma de una oronda naranja.

El enjambre de supuestos periodistas (la mayoría, luego se supo, miembros del propio CGH y otras personas cuya verdadera identidad nunca se conoció) aumentaba en

forma alarmante. En el momento oportuno, y para bloquear todo paso a Rectoría, esgrimirían sus micrófonos, sus cámaras fotográficas y de video, como poderosas armas. “Yo supuse que me iban a hacer una entrevista y me partieron la nariz”, confesaría Alfonso Muñoz de Cote, con un pañuelo manchado de sangre en la cara.

Paristas y antiparistas, colonos, trabajadores, campesinos, mujeres con niños —una mujer hasta llevaba un estandarte de la Virgen de Guadalupe—, meros curiosos atisbando por encima de todos los demás hombros el paso del personaje célebre o del suceso insólito. Vendedores de atole, tamales, refrescos, papitas y hasta sombreros —los mismos que habían seguido al CGH de asamblea en asamblea— colocaban sus puestos desde temprano, le daban color al ambiente y —cómo no— hasta un cierto aire de fiesta.

Decía que el tiempo se mezclaba y confundía, daba verdaderas maromas, y durante la larga espera comenté con mis acompañantes —José Ramón Enríquez siempre se pone nostálgico en momentos como ése— cuánto nos significaba y entristecía la airosa Torre de Rectoría recortándose en la naciente mañana, como si en realidad nada especial sucediera debajo de ella; el Estadio Olímpico, con su aspecto de cono volcánico de amplio cráter y su alto relieve en mosaico de piedras de colores realizado por Diego Rivera: sobre la base de una larga serpiente emplumada —Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría—, dos figuras centrales de hombre y mujer presentan a un dulce niño en cuyas manitas abre sus alas... la paloma de la paz. Curiosos símbolos para una mañana en que todos los accesos a nuestra *alma mater* aparecían bloqueados con alambres de púas, malla ciclónica y cascajo.

¿O más bien todo cuanto sucedía a nuestro alrededor era culpa del propio Quetzalcóatl —ahí, entre las piedras volcánicas—, del apetito insaciable y soterrado de su lengua bífida?

Un poco más atrás, la Biblioteca Central con sus figuras policromadas en mosaicos de piedra de Juan O’Gorman, la Torre II de Humanidades, el Museo de Ciencias y Artes, la antigua terminal de autobuses en donde tomábamos las mejores tortas de que tuviéramos memoria y el “Insurgentes-Bellas Artes”, al que debíamos buena parte de nuestra cultura a pesar de los continuos barquinazos y de hacer en ocasiones el trayecto de pie, tomados de un tubo y con el libro tembloroso en la otra mano. El copete del edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, con el busto de Dante a la entrada —quien por cierto escribió aquello de “no hay peor dolor que, en el tiempo infeliz, recordar el tiempo feliz”, un verso que por sí solo definía nuestro estado de ánimo—, el taller de Creación Literaria con Arreola, los presocráticos con Nicol, Ética con Salmerón, Humanismo y Renacimiento con Villoro, Filosofía y Literatura con Xirau, los videoclubes de los sábados, los conciertos dominicales de Eduardo Mata en el Auditorio llamado Justo Sierra o Che Guevara, según la postura política y el estado de ánimo de cada quien.

La Universidad era gnosis, revelación de lo otro, desdén de una realidad limitante y trivial, y nuestra única posibilidad de trascendencia dentro de la ciudad misteriosa de los dieciocho años: huéspedes de vecindades escarapeladas como caras sucias, patios traseros con tendedores multicolores y un gato adormilándose, el libro adquirido a costa

del cine del fin de semana, la soledad como un vacío en los bolsillos, los encuentros únicos y definitivos, los signos en cada puerta y en cada esquina, el fervor por tanta cosa incomprendida pero iluminada por una pasión total, por la disponibilidad parecida al viento y a las calles.

¿Qué había sucedido en esa Universidad tan entrañablemente nuestra —de todos y de cada uno— para que llegara a aquel momento de parálisis agónica, al borde del infarto masivo al miocardio, como pregonaba alarmada la Dama de Blanco?

El 9 de diciembre de 1999, durante los llamados diálogos de Minería entre la Comisión del Rector y representantes del CGH, iniciados a fines de noviembre —diálogos que casi sistemáticamente terminaban en monólogos de los ultras—, escribió Soledad Loaeza en *La Jornada*: “Los paristas que integran el CGH insisten en representar una mayoría; sin embargo, únicamente sus simpatizantes están dispuestos a aceptar tal pretensión. Si algo ha quedado demostrado (en los diálogos de Minería) es que los paristas son una minoría de activistas radicales, cuyo apoyo fundamental es la impunidad y algunos grupos extrauniversitarios más o menos identificados”.

“Nacidos para perder”, los llamó Humberto Musacchio por su parte en un artículo publicado ese mismo 25 de enero que nos congregaba. “Dicho más claramente, el Consejo General de Huelga ha sido derrotado por su incapacidad para negociar o, peor aún, para entender que ya había ganado en lo sustancial”.

Roger Bartra suponía que estaba en juego no sólo una huelga, sino la posibilidad inminente de que la UNAM fuera cerrada por infuncional y peligrosa, como había sucedido con otras universidades en América Latina. La de San Marcos en Lima era un buen ejemplo.

Hasta contra el periódico que los apoyó en un principio —*La Jornada*— se lanzaron. Cuenta Roberto Garduño en una nota de ese mismo 25 de enero:

- “Uno de los asesores del CGH se acercó a este reportero para reclamarle:
- Ustedes sólo publican mentiras, tu dirección miente, tú también mientes...
- Envía una carta a la dirección y deja de estar molestando.
- En tu periódico todos tienen mierda en la conciencia.
- Mierda en la que ya te revolcaste”, terminaba el reportero.

Y en esa misma nota, otro miembro del CGH hacía una inadmisibles acusación a uno de nuestros escritores más solventes y lúcidos:

“El pinche Monsi sólo se dedica a publicar mamadas y mentiras.”

Salvador Martínez della Rocca, el Pino, calificaba de verdaderamente criminal lo que estaba haciendo el CGH con la Universidad y recurría a una incendiaria metáfora literaria:

“Me parece suicida la afirmación de un miembro del CGH acerca de que iban a cerrar para siempre un Instituto de Humanidades porque ahí solo se hacían libros... para ricos. Me recordó el pasaje de *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, en donde por decreto de unos cuantos se queman todos los libros. El CGH no está ya muy lejos de ello.”

Raúl Trejo Delarbre había escrito por esos días:

“Numéricamente pocos en comparación con la enorme cantidad de alumnos que

tiene la UNAM, los huelguistas son expresión patética, y también triste, del rencor social y el adocenamiento ideológico que padece buena parte de la actual generación de jóvenes mexicanos. La intolerancia con que tomaron e impusieron sus decisiones, distinguió a su movimiento de muchas otras luchas y huelgas en la historia de la Universidad y de la sociedad mexicanas. La huelga iniciada en abril de 1999 no es un movimiento democrático ni popular. Todo lo contrario, se singulariza por un alevoso autoritarismo y atenta contra los compromisos sociales —y populares— de la propia Universidad.”

En una entrevista en Radio Universidad, José Ramón Enríquez le dijo a Ricardo Pacheco, el Diablo, uno de los huelguistas:

—El CGH le está haciendo el juego a la derecha.

La respuesta del Diablo resultaba reveladora:

—¿Qué puede ya significar para nosotros hablar hoy de movimientos de derecha o de movimientos de izquierda?

Mario Benedetti dice que “la política es la historia que se está haciendo, o se está deshaciendo”. El compromiso sería, pues, una actitud decidida ante esa historia en movimiento. En especial de un tiempo a esta parte, en que la historia —y en consecuencia la política— no sólo se mueve, sino que además brinca, ondula, patina, hace piruetas y se estremece. A veces da vueltas como trompo y al parar ya no sabe bien a dónde va.

Lo cierto es que, más allá de las etiquetas, lo que le dijo Enríquez al Diablo encierra una valiosa verdad, en especial por el brinco que puede dar la frase: “Le están haciendo el juego a la derecha [...], que quiere por todos los medios desprestigiar a la izquierda”. Habría que regresarles a las palabras su significado original para no participar en las mascaradas. Porque, parece obvio, como parte de la confusión “una de las metas actuales de la sociedad capitalista es introducir en la izquierda un sentimiento de culpa de alcances universales”, dice Benedetti. Que los crímenes de Stalin, las arbitrariedades de Castro y el populismo de Chávez y Maduro nos embarren y desprestigien a todos. Y, además, de ser posible, que junto con el stalinismo caigan algunas leyes sociales logradas con gran esfuerzo y, a veces, con verdadera heroicidad (por ejemplo, sobre las mujeres, sobre los niños, sobre los marginados). Que junto con Chávez sean eliminados logros y conquistas en educación, vivienda y salud pública. ¿Por qué no? Que caiga todo aquello que moleste al imperio, único y absoluto, del capital y sus servidores. Mediante una especie de dialéctica del diablo (el real), a los medios capitalistas les resulta fácil desautorizar hoy cualquier intento por denunciar las injusticias sociales de un sistema. “Su objetivo sería convertir al hombre 'de izquierda' en enemigo de su propio pasado, cuando precisamente en ese pasado fue donde tuvieron lugar algunas de las etapas más generosas y solidarias de la humanidad”, agrega Benedetti.

Lo cierto es que, en este nuevo siglo, el aparente fin de las utopías y la muerte de las ideologías (con toda la desesperanza que conlleva) han propiciado y alentado un capitalismo salvaje. Y ha sido entonces, paradójicamente, como parte de la deshumanización cuando los extremismos de izquierda y de derecha se confunden, se coaligan, se yuxtaponen. Por eso, concluye Benedetti, que, como se habrá visto, sabía

bien de esto: “Si la humanidad se quedara sin eso que llamamos ‘la izquierda’ —una ‘izquierda’ objetiva y realista con el nuevo mundo que vive—, renunciaría a su mejor y casi única posibilidad de cambio real, a su radical y esencial vocación de justicia”.

Una izquierda objetiva y realista con el nuevo mundo en que vive... En la UNAM deberíamos tener el comentario frase de Benedetti siempre presente.

Pero por más recuerdos y reflexiones que hiciéramos por ese rumbo para distraernos, lo cierto es que aquella mañana del 25 de enero de 2000, la atmósfera se volvía irrespirable. Una avispa, cien avispas, mil avispas zumbaban a nuestro alrededor. Era como permanecer sujeto a un pararrayos, en plena tormenta, y suponer que nada pasaría.

Poco antes de las diez de la mañana empezaron los gritos: “El Rector viene por allá; no, que viene por acá, ya lo vi”, y el grupo compacto de supuestos periodistas se movía como un gran animal torpe, por su tamaño creciente, por su pesantez.

A las diez salió el Rector por un túnel que comunica el Estadio Olímpico con la explanada de Rectoría. Iba acompañado por los miembros de la Comisión de Garantías: Miguel León-Portilla, Alejandro Rossi, Clementina Díaz y de Ovando, René Drucker, Luis de la Barreda, Rolando Cordera, Joaquín Vargas y Federico Reyes Heróles.

La comitiva logró dar unos pasos y atravesar la avenida, pero la multitud y el grupo de periodistas se les echaron encima, avasallándolos.

El limitado espacio que ocupaba con mis compañeros fue como un vidrio instantáneamente trizado por un bosque de manos crispadas y cámaras blandiéndose como espadas, gritos confusos que se entreveraban conformando una materia insoportablemente pegajosa y eruptiva. Casi sin sorpresa vi a dos hombres saltar como monos del pirul que estaba al lado del túnel y correr enfurecidos hasta el grupo que rodeaba al Rector.

—¡No lo dejen pasar! ¡Fuera con él, fuera!

—¡Huelga, huelga!

—¡Rector ilegítimo!

—¡Prensa vendida!

—¡Ni un paso adelante! ¡Rápido, una valla, una valla!

Pero aunque por momentos ganaban en intensidad y en volumen los gritos a favor del plebiscito y los ¡Goya!, lo determinante fue la violencia con que se rechazaba a todo aquel que se acercaba mínimamente a la malla ciclónica que rodeaba la explanada de Rectoría.

*El Universal* consignó la presencia de un hombre con un machete en lo alto.

Una mujer se mesaba el pelo como yo sólo había visto hacerlo en el teatro. Sus manos eran dos aspas y su voz ascendía y tronaba como una gran ola que de pronto reventó:

—¡Virgencita de Guadalupe, no permitas que nuestros hijos se vuelvan violentos!

A René Drucker se le acusaba de traidor... por perredista.

Dentro de la barahúnda, alcanzamos a escuchar algunas palabras del Rector:

“Éste es el documento que les vengo a entregar —y que nadie recibió— y espero que

reanudemos el diálogo con la Universidad abierta y funcionando...”

Pero la capacidad del estrépito iba virando a un tono cada vez más agudo, roto aquí y allá por verdaderos alaridos entre los que me pareció oír algunos con ese color especialísimo que da el sufrimiento humano.

—¡Huelga, huelga!

—¡Tierra y libertad!

—¡Patria o muerte!

A Miguel León Portilla lo mordieron en un brazo; por suerte, traía saco. Alejandro Rossi, entre empujones, hizo una crisis asmática. A Clementina Díaz y de Ovando, a sus ochenta y cuatro años, la hicieron caer al suelo de un empujón y se lastimó una rodilla. Por ahí andaba el maestro Ignacio Retes, con sus más de ochenta años, perdido en ese bosque simétrico sin puntos de referencia, con el saco y la camisa rasgados y la indignación palpitándole en las venas del cuello (trabajé con él y conocía las peligrosas alteraciones físicas que le provocaba la indignación).

—¡No voy a permitir que una bolita de huelguistas intransigentes y radicales nos quiten la Universidad que con tanto trabajo hemos construido, nomás no voy a permitirlo! —gritaba, fuera de sí. Nos pidió un poco de agua para tragar una pastilla que le controlaría la presión arterial, que con toda seguridad traía por las nubes, y ante nuestra impotencia trató de tragarla sólo con saliva, pero se le detuvo en la glotis y empezó a ahogarse. Aquello parecía la escena de una de las tragicomedias que tantas veces él mismo había montado en algún teatro de la UNAM (algunos años después, el propio Juan Ramón de la Fuente propuso al IMSS poner el nombre de Ignacio Retes al Teatro Hidalgo). Lo zarandeamos un poco, con toda la pena del mundo, le pegamos en la espalda con la palma de la mano, en la nuca, hasta que la pastilla pasó después de ser devuelta, masticada, desintegrada, con un sabor de los mil demonios a polvo amargo y celulosa, decía Retes, quien apenas se sintió mejor regresó a la turba, al mar fragoroso en el que sobrenadábamos todos, dando manotazos inútiles a diestra y siniestra, porque quizá de veras lo mejor era quedarse quieto de una buena vez y reconocer que ahí ya no teníamos nada que hacer, y que había que buscar otra oportunidad para el diálogo, para el acuerdo y la reconciliación entre todos —pero de veras todos— los universitarios. ¿Sería posible?

En algún momento, vimos al Rector atrapado en la cresta de una alta ola oscura, ondulante, que lo arrastraba lejos del grupo con el que había llegado —en la televisión, nos dijeron después, la imagen resultó aún más dramática— y nos invadió un estremecimiento súbito.

¿Hasta dónde llegaría el pandemónium?

Por fin —y sólo nosotros, ahí y entonces, entendimos lo que tan suspirante expresión significaba— unos minutos después supimos que el Rector, ante la imposibilidad de seguir adelante y dentro del ojo mismo del huracán, sin perder la calma, logró subir a su auto y se retiró, sin posibilidad alguna de entregar a los representantes del CGH el documento signado por la inmensa mayoría de los universitarios. Había llegado a estar a

unos cuantos centímetros de algunos de ellos, quienes titubearon, estuvieron a punto de recibir un documento avalado por varias empresas y organismos independientes que certificaban la validez del plebiscito, incluyendo a Amnistía Internacional; pero recibirlo era claudicar, hubiera sido para nosotros ganar. No lo recibieron. En una conferencia de prensa que el rector Juan Ramón de la Fuente ofreció ese mismo mediodía, exigió al CGH deslindarse de agrupaciones extrauniversitarias como el Bloque de Fuerzas Proletarias, Colonos de Santo Domingo, el Ejército Popular Revolucionario, el Frente Popular Francisco Villa, el Bloque de Organizaciones Sociales y la Central Universitaria de Trabajadores. Puntualizó: “Una cosa es la prensa acreditada, profesional, que con plena libertad ha cubierto los sucesos universitarios con diferentes matices y puntos de vista, y otra muy diferente es la infiltración de la que ustedes y la sociedad mexicana en general han sido testigos”.

¿Cómo y por qué habíamos llegado a la situación límite de aquella mañana y qué sucedió los días y meses siguientes?

IGNACIO SOLARES

---

## UNIVERSIDAD EN CRISIS

**Creo, estimado Juan Ramón, que para empezar estos diálogos valdría la pena recordar y hacer un balance sobre la forma en que la Universidad, nuestra querida UNAM, salió de la crisis en la que estuvo inmersa en 1999. ¿Cómo caracterizarías el desarrollo del movimiento estudiantil que surgió a raíz del aumento de cuotas en la Universidad en 1999?**

Primero habría que señalar que conforme avanzaron los meses, la trama del conflicto se fue haciendo cada vez más compleja. Arrancó como un movimiento que podía tener cierta legitimidad, donde un grupo de estudiantes, académicos e investigadores estaban en contra del proyecto del reglamento general de cuotas, que era un asunto, en todo caso, interno de la Universidad. Hubo quien no estuvo de acuerdo con esa decisión y así se gestó un movimiento que fue adquiriendo un carácter social. Sin embargo, después de nueve meses de permanecer la Universidad en huelga, las reivindicaciones, en su mayoría universitarias y que, reitero, podrían tener en mi opinión cierta legitimidad, se fueron desvirtuando, y el movimiento se convirtió —al poco tiempo de haber iniciado— en un movimiento meramente político, con injerencia de grupos externos a la Universidad. Mucho me temo que el objetivo en ese momento ya no era reivindicar el no pago a las cuotas en la UNAM, sino realmente meter al país en una grave crisis política.

Con el paso del tiempo, a la conclusión que he llegado es que los problemas sociales no se pueden dejar mucho tiempo sin atender, porque cuando los dejas explotan. Pensar que se van a resolver por sí solos es, en el mejor de los casos, ingenuo, y eso fue lo que pasó en la Universidad. Después de nueve meses, lo que teníamos era un problema prácticamente de dimensiones de seguridad nacional, con infinidad de organizaciones y grupos externos metidos, y relativamente pocos universitarios dentro del movimiento. Por ello fue necesario, después de que la Universidad se reabrió, empezar con el lento y difícil proceso de reconstituir el tejido social, de reposicionar a la Universidad ante la opinión pública, de reposicionarla internacionalmente porque prácticamente había perdido sus espacios. El costo al final fue muy grande para la Universidad y para el país.

**¿Cuál consideras que fue el mayor costo de esos nueve meses de huelga en la UNAM?**

Los costos de la huelga fueron incalculables, no sólo en términos económicos, en

términos políticos y en términos sociales, sino también en términos familiares e individuales. Cuantitativamente hubo más de cinco mil alumnos que se salieron de la Universidad. ¿Quiénes fueron esos alumnos? Fueron de los mejores. Ése es un costo altísimo. También perdimos a muchos académicos y eso minó bastante a la institución.

Por otro lado, está lo relacionado con la investigación. La mitad de la investigación que se realiza en este país se hace en la UNAM. En consecuencia, la suspensión de esos proyectos dañó enormemente la política de ciencia y tecnología que permanentemente alimenta al proyecto de nación.

Si nos planteamos el verdadero costo, creo que resulta mucho mejor estar al pendiente: en el momento en que aparecen los focos rojos hay que actuar con los métodos de los universitarios, para evitar que tenga que haber una intervención como la que lamentablemente se dio a principios del año 2000, porque se habían agotado prácticamente todas las otras instancias.

En fin, para el país fue uno de los costos más onerosos de los últimos años. Afortunadamente se resolvió bien y la UNAM mostró esa capacidad para salir adelante, que le da una gran fortaleza y que es un mensaje de optimismo para el país. Lo que siempre he dicho es que la Universidad es una institución con una enorme vitalidad, su historia es una historia de éxitos y de problemas, de luchas constantes, de circunstancias difíciles y de periodos de mucha productividad y proyección hacia fuera. En fin, esto le ha dado a la Universidad esa capacidad para enfrentar problemas muy serios y salir airoso, como salió de ese tiempo de transición.

### **En tu opinión, como protagonista privilegiado del proceso de solución del conflicto y de la reapertura de la Universidad, ¿cuál fue la clave para superar todo aquello?**

Cuando inicié mi gestión como rector no vislumbré otro horizonte más que el de la construcción de un gran consenso entre los universitarios; un consenso que nos uniera, que nos fortaleciera, que nos estimulara, pero sobre todo, un consenso que nos reconciliara. Para ello había que usar todos los instrumentos que estuvieran a nuestro alcance y que permitieran la inclusión de todos los que tuvieran alguna razón que esgrimir, una idea que aportar o una verdad que defender.

Es bueno recordar que entonces ya no había más tiempo que perder, la Universidad caminaba sobre el filo de la navaja. Había que dejar atrás los agravios, los desencuentros y las polaridades que tanto daño le habían hecho a la institución. Al interior de la comunidad universitaria había cansancio y hastío, y en algunos sectores también desánimo e irritación. Había que poner el mayor empeño para que la vida académica institucional regresara a todas las instalaciones, e iniciar desde ahí la reconstrucción de la Universidad.

En el análisis profundo que entonces se hizo de nuestra Universidad tuvimos que revisarlo todo: sus estructuras, sus mecanismos de operación, sus planes de estudio, sus programas de trabajo, las relaciones que se dan entre los universitarios en el seno de

nuestras dependencias y entre la Universidad y la sociedad, entre la Universidad y los poderes públicos. En ese ejercicio de análisis pudimos darnos cuenta de que las normas que ha seguido la comunidad universitaria a lo largo de su historia y que son las que han caracterizado a la institución eran lo más importante: la libre expresión de las ideas, el respeto a los puntos de vista diferentes, la tolerancia y el ambiente propicio para la reflexión, el análisis y la toma de decisiones. Teníamos que aplicarlas y honrarlas para salir de la crisis. Así lo hicimos y no nos equivocamos.

**Mencionas los agravios, los desencuentros, el desgaste y el desánimo que había ya en la comunidad universitaria después de tantos meses de conflicto. Cuéntanos cómo fue el proceso de recomposición del tejido social dentro y fuera de la UNAM durante y después del conflicto.**

De algo estábamos seguros: la solución de los problemas de la Universidad no podía darse ni se dará nunca por la vía de la mutilación o la anulación del otro, sino del reordenamiento armónico entre todos y cada uno de sus componentes. Ese proceso, en el año 2000, fue muy complejo. No podría precisarse una fórmula, no había un mecanismo identificado que permitiera esa reconfiguración de un tejido que, en efecto, estaba fragmentado, dividido, polarizado. Teníamos una enorme presión de toda la sociedad y estábamos conscientes de que el problema había tomado dimensiones que iban mucho más allá de lo que en un principio lo había provocado. Es decir, el asunto de las cuotas ya había quedado rebasado, y lo que estaba en juego era un problema de seguridad nacional, con un proceso electoral que se acercaba. Después de nueve meses, aquello se convertía verdaderamente en una maraña de una enorme complejidad.

Quisiera remarcar que los problemas sociales no se resuelven solos. Eso es apostarle al desastre, a pensar que las cosas se van a ir componiendo sin que haya una estrategia, sin un propósito definido que permita saber si vamos o no avanzando, si se está o no resolviendo. La UNAM estaba sumergida efectivamente en una grave crisis; no obstante, se reposicionó, se fortaleció su tejido social para que continuara siendo la institución más importante como centro de análisis y solución de los grandes problemas nacionales, sirviéndole a la sociedad que finalmente es la que le da su razón de ser.

**Una vez que se resolvió el conflicto y que los profesores y estudiantes regresaron a las aulas y los investigadores a sus laboratorios, ¿cuál fue el modelo de Universidad que tenías en mente?**

Imaginaba una Universidad como la de Justo Sierra, la de José Vasconcelos, la de Antonio Caso, pero al mismo tiempo una Universidad que supiera insertarse y asimilar los nuevos tiempos que vive México y el mundo, sin perder su esencia. Para empezar, una Universidad “más académica”, una institución educativa democrática, pero no demagógica. Una comunidad vacunada contra su vulnerabilidad por la reconciliación

entre sus miembros. Un conjunto de escuelas, colegios, facultades que se relacionen y se desarrollen de manera descentralizada, pero no desmembrada. También tenía en la mente una Universidad más rigurosa en sus tareas sustantivas, es decir, con más opciones docentes y educativas, con más investigación en todas las áreas; que contara con un esquema de difusión del conocimiento y de la cultura que, al mismo tiempo, fuera riguroso y pudiera llegar a un auditorio cada vez mayor.

Creí que debería ser también una Universidad cada vez más nacional. La UNAM no es una universidad regional, sólo de la Ciudad de México. Su esencia nacional está justamente en los temas sobre los cuales propone a la nación y a la sociedad mexicana alternativas y soluciones a los problemas de México. Lo nacional radica en estar estudiando los problemas nacionales. La UNAM tenía que seguir siendo entonces —y lo sigue siendo ahora, afortunadamente— el centro de las grandes discusiones, un espacio crítico, que le permita a la sociedad retroalimentarse de una institución que es autónoma y, en consecuencia, no está sujeta a corrientes o a puntos de vista hegemónicos.

**Hacer realidad ese modelo implicaba un trabajo bárbaro. ¿Cómo era posible construir al mismo tiempo una Universidad más académica y más democrática?**

Nunca he creído que una y otra sean excluyentes, sobre todo si se es capaz de definir con precisión lo que son la academia y la democracia en la Universidad. La principal fortaleza de la UNAM radica en su condición académica. Si no se asume lo académico como eje central de todas las discusiones y todas las propuestas, se corre el riesgo de perder todo. Sin fortaleza académica, la Universidad no puede ni podrá tener autoridad, prestigio, influencia en la sociedad mexicana; ni capacidad para generar propuestas que sean escuchadas por todos y que le den a todos —alumnos, académicos, trabajadores— la seguridad de que si bien están participando de una comunidad plural y disímbola, ésta no pierde su rumbo, pues reconoce en lo académico lo verdaderamente sustantivo de toda su energía y de todas sus actividades.

Por otro lado, la democracia en la Universidad significa que haya más participación de los académicos en la toma de decisiones, que haya menos decisiones discrecionales, que se den avances compatibles con el rigor académico. Desde luego, siempre habrá despistados que piensen que la democracia en una institución como la UNAM tiene que significar que por cada universitario tiene que haber un voto en todas y cada una de las decisiones. Ese es un modelo populista, absolutamente incompatible con una Universidad académica.

---

## UNIVERSIDAD PÚBLICA

**Durante tu rectorado siempre destacaste la importancia y la trascendencia de la Universidad pública. ¿Por qué hay que defenderla?**

Creo en la necesidad de mantener —hoy más que nunca— una defensa de la Universidad pública, como algo fundamental e irremplazable en nuestro país. No obstante que han surgido en los últimos años universidades privadas, algunas de las cuales —siempre lo he resaltado— realizan sus funciones de buena manera, en todo caso son complementarias del sistema público de universidades, que es el que sigue llevando el gran peso de la educación superior en nuestro país. México requiere de una Universidad pública vigente y vigorosa, de una Universidad pública respetada por todos, de una Universidad pública que no pierda nunca su capacidad crítica y autocrítica.

De los cerca de dos millones de alumnos matriculados en la educación superior de nuestro país, 72 por ciento está en universidades públicas. Además, cómo no resaltar que en el contexto nacional, en los tiempos que vive el país, las universidades públicas, y en particular la UNAM, siguen siendo el instrumento de movilidad social más importante que los mexicanos hemos sido capaces de generar a lo largo de nuestra historia. Este papel de capilaridad social que tiene la Universidad Nacional forma parte de su tarea sustantiva, es un compromiso irrenunciable y que solamente las universidades públicas son capaces de poner en juego.

La Universidad pública debe ser una Universidad abierta, sin barreras, sin distinción de credos, ni de etnias, ni de clases. Una Universidad que eduque a los jóvenes para ser libres, autónomos, que los constituya en sujetos éticos, capaces de asimilar y digerir todo un orden cultural y moral en el que los conocimientos adquiridos en ella tengan una pertinencia y un sentido. Aquí creo que está la clave de la razón social, política, de lo que debe ser la defensa inteligente, cuidadosa y firme de la Universidad pública.

Si México prescindiera de su Universidad pública, perderíamos, en la enorme e intensa dinámica social e internacional en la que estamos inmersos, un espacio irremplazable para mantener los equilibrios necesarios que nos permitan seguir avanzando en nuestro desarrollo. Honradamente sostengo que la UNAM, y todo el sistema de universidades públicas en nuestro país, con todo y sus problemas, son instituciones insustituibles para el desarrollo de nuestro país.

**Algo que ha caracterizado a la UNAM a lo largo de su historia es su compromiso social. La sociedad le ha dado mucho a la UNAM pero así se lo ha regresado, ¿no es así?**

En efecto, si algo caracteriza a la UNAM es su profundo compromiso social. Lo ha mostrado de manera contundente y continua a lo largo de muchos años, pero sobre todo durante el último siglo. Y lo reitero: la Universidad ha sido y es el instrumento de movilidad social más acabado, mejor terminado que los mexicanos hemos sido capaces de construir a lo largo de nuestra historia. Sería imposible tratar de entender al México de hoy con todos los desafíos, con muchos de sus problemas, pero también con todas sus potencialidades, sin entender el papel que en ello ha jugado la Universidad de la nación mexicana.

Para los universitarios siempre ha sido importante refrendar esos compromisos, mediante diversos mecanismos, adaptándolos a los nuevos tiempos de México, a las nuevas políticas nacionales, siempre en ejercicio de su autonomía, con plena independencia, poniendo al servicio de las instituciones y los proyectos que de ella emanan lo mejor que tiene la Universidad: sus recursos humanos, sus profesores y alumnos. Es un compromiso que trasciende los tiempos de los gobiernos, que va más allá de las coyunturas, y que se caracteriza por su continuidad y su congruencia a lo largo de muchas generaciones de universitarios. Es un gran legado de nuestros maestros.

**Pero esta importancia de la Universidad pública no sólo es para México, es para toda América Latina. ¿Por qué?**

Así es, ahora más que nunca. Las universidades públicas son instituciones fundamentales para el desarrollo de nuestros países por varias razones. Primero, por su tamaño, que sin duda le dan a todas ellas una dimensión fundamental que no podemos soslayar; por la inmensa tarea que realizan cotidianamente al atender en sus aulas, en sus laboratorios, en sus talleres, literalmente a cientos de miles de estudiantes. Todo el esfuerzo colectivo que realizan estas universidades públicas es fundamental para nuestros países.

Ahora, vale la pena recalcar que su tamaño y dimensión no solamente no son un problema desde el punto de vista de la calidad de la enseñanza, sino que ha sido asumido como un reto adicional, y en todo caso lo que debe valorarse es el enorme esfuerzo que realizan las universidades públicas destinadas a números tan grandes de estudiantes, así como la calidad de este esfuerzo, aspecto en el que desde luego estamos empeñados y comprometidos para seguirlo mejorando.

También las universidades públicas en México, al igual que en los países de América Latina, han jugado un papel fundamental como impulsoras de la investigación científica en sus respectivas naciones. Las universidades públicas de los países de la región latinoamericana son las que de manera más decidida han impulsado los estudios de posgrado, con una visión amplia, con una profunda visión histórica, en donde el

posgrado es concebido justamente como la cúspide del sistema educativo superior.

Por otra parte, las universidades públicas se han preocupado por resguardar, proteger y proyectar buena parte del patrimonio histórico y cultural de nuestros países. En esta tarea de protección y de resguardo de nuestros antecedentes, de nuestros inmuebles más significativos, de nuestras colecciones de arte, juegan un papel irremplazable. La razón histórica de la universidad pública en Latinoamérica es una razón *sui generis* que nos da el carácter no solamente nacional, en el sentido más amplio, sino también de una mayor responsabilidad.

Otra dimensión que pone de manifiesto su trascendencia es la complejidad intrínseca de nuestra realidad. Al ser universidades públicas cubren de manera simultánea prácticamente todas las áreas del conocimiento, le dan cabida a las ciencias exactas y naturales, pero también a las ciencias sociales y a las humanidades, a las expresiones más disímolas de la cultura y el arte.

**Durante tu gestión al frente de la UNAM tuviste que enfrentar presiones tanto internas como externas para sostener el proyecto de Universidad pública y gratuita. Cuéntanos un poco sobre esto.**

A mí me resulta paradójico, pero había grupos dentro de la misma Universidad (supongo que todavía los hay) que no estaban de acuerdo en la gratuidad de la educación y lo expresaban de varias maneras. Pero a pesar de los desacuerdos, el clima de pluralidad que debía prevalecer permitió que hubiera expresiones de esa naturaleza. No pretendimos ser totalitarios en nuestra concepción de educación, ni estábamos buscando unanimidad.

Pero las mayores diferencias se produjeron con el Gobierno, en particular con la efímera Coordinación de Desarrollo Humano, que se oponía a toda forma de gratuidad. El mantener el proyecto de Universidad pública, gratuita y de masas generó “tensiones” con el gobierno de Vicente Fox porque entre la administración universitaria y la federal existían al principio diferencias conceptuales, de fondo. Sin embargo, quisiera insistir, la Universidad nunca las personalizó, aunque, por supuesto, era claro que influían sobre el Presidente al inicio de su gestión. Son posiciones ideológicas, conceptuales que chocan en un momento dado y generan ciertas tensiones.

No obstante lo anterior, con el gobierno de Vicente Fox hubo eventualmente una relación respetuosa, así como con su secretario de Educación Pública. Sin embargo, no faltó quien lo quisiera convertir en un enfrentamiento personal. Esto no ayudaba a la democracia, como lo señalé entonces en varias ocasiones: los enfrentamientos y los enconos nos reducen y debilitan. Tenemos que tener la madurez suficiente como sociedad para poder aceptar que estas diferencias están en otro plano.

Las diferencias fueron muy positivas; si bien sirvieron para nutrir el debate, sí ayudaron a que se esclarecieran diversos puntos y a que se emitieran nuevas opiniones, para tener una idea más clara del papel de la Universidad y de las universidades públicas

en el desarrollo del país.

La UNAM debe seguir siendo una universidad popular, de masas; el debate sigue siendo cómo lograr que una universidad de masas —que no va a renunciar a ello porque tiene un profundo arraigo popular— pueda mejorar su calidad. Creo que ese sigue siendo el meollo del asunto, y las tentaciones represivas, autoritarias, van a seguir.

---

## UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

**Hablemos ahora de la relación entre la Universidad y la sociedad. ¿Qué es lo que más valora la sociedad mexicana de su Universidad?**

Son muchos aspectos. En principio, la sociedad mexicana valora muchas veces a la Universidad por sus incursiones en temas de la agenda nacional en donde los expertos universitarios han dado luz si no a la solución, sí al planteamiento de muchas alternativas a problemas que se presentan en México, por ejemplo, la reforma fiscal, los cambios constitucionales, el impacto ambiental. Estos planteamientos los ha hecho la Universidad Nacional desde los principios de la autonomía, basándose en su propia Ley Orgánica, cuyo artículo primero manda a la Universidad a colaborar en la solución de los problemas nacionales. Ahí es cuando la sociedad se da cuenta de que no es solamente una escuela profesional, sino una institución de múltiples facetas, que es una institución autónoma permanentemente involucrada en los problemas nacionales, porque los puntos de vista se dan con independencia, con libertad y con sustento académico. Eso es lo que le otorga a la Universidad una credibilidad social, y cuando la Universidad eleva su voz, la sociedad mexicana la escucha porque cree en la Universidad, porque sabe que están hechos los estudios con rigor, avalados por la ciencia y por la investigación.

En la UNAM se hace una política académica para servir a nuestro país y el único instrumento del cual realmente depende para ello es su autoridad moral, su ética, que emanan precisamente del trabajo académico cotidiano y del esfuerzo continuo de la comunidad universitaria.

**Desde hace unos años se ha dado un debate acerca de que la Universidad debería enfocarse únicamente en impulsar las ciencias “duras”, como la física, la química y la ingeniería, en detrimento de las llamadas disciplinas “blandas”. ¿Qué opinas al respecto? ¿Por qué es importante para la sociedad impulsar las humanidades y las ciencias sociales?**

Esa idea de dividir la ciencia y las humanidades es un despropósito. En la nueva sociedad del conocimiento no hay nada capaz de reemplazar a las humanidades y a las ciencias sociales. Considero ventajoso —por llamarlo de alguna manera— el combinar en forma articulada las aportaciones de estas disciplinas con las de la ciencia y la

tecnología, pues con eso México tendría una verdadera política de investigación y desarrollo, pero deshacerse, como se quiso hacer hace un tiempo a nivel básico, de la filosofía o la historia porque no son “útiles” para la producción económica es hasta perverso. La sociedad está tan necesitada de médicos, químicos, matemáticos e ingenieros como de filósofos, historiadores, sociólogos, psicólogos, poetas y artistas. El objetivo de la Universidad es contribuir a la formación de seres integrales, universales, completos.

**Sin embargo, también es cierto que la matrícula universitaria sigue cargada hacia las carreras más tradicionales, como Medicina o Derecho, en lugar de estudiar otras carreras con mayor futuro.**

Tienes razón. Ése es un aspecto que merece ser reflexionado. Hay que ver hacia adentro y ser autocríticos; es un problema grave en las universidades, ya que no se ha modernizado lo suficiente la oferta educativa, no se ha diversificado la matrícula, se siguen concentrando grandes grupos de jóvenes en carreras de corte tradicional, y parte del problema radica en que no tenemos una buena orientación vocacional desde la secundaria o desde el bachillerato. Tenemos que salirnos de la inercia y de estar dedicados a sólo formar médicos, arquitectos, abogados, psicólogos. Los jóvenes requieren de la diversificación de la oferta educativa, que sea pertinente y relevante para resolver los grandes problemas nacionales.

Recientemente se crearon nuevas carreras como Ciencias Genómicas, Ciencias Ambientales, Ingeniería Mecatrónica, Ingeniería Geomática, que ofrecen un mecanismo innovador porque comparten con otras partes del mundo la nueva tecnología.

La Universidad necesita modernizarse a un paso más rápido, diversificar esa oferta para romper con lo tradicional que muchas veces hace que los jóvenes lleguen a la edad universitaria y no tengan suficiente información y de manera inercial se vayan a carreras saturadas, y por tanto, será cada vez más difícil, para estas nuevas generaciones, insertarse en la vida laboral del país.

**A propósito de insertarse en la vida laboral: un problema latente es el de incorporar a los recién egresados a la docencia en las instituciones de educación superior. En tu gestión se inició lo que entonces llamaste “renovación generacional”. ¿En qué consistió?**

Por supuesto, ése es un punto gravísimo. Cualquier director de las universidades del interior del país, de las públicas federales, o cualquier colega de los institutos nacionales de salud, en fin, en los lugares donde se hace realmente investigación, todos dirán que hace muchos años no hay plazas, que no han tenido presupuesto para contratar gente.

Las críticas no las hace uno por enjuiciar, ni tienen una connotación de carácter

personal. Las hace uno cuando observa que las políticas no son las adecuadas, que no le convienen al país. ¿Cómo es posible que no estemos contratando a los jóvenes graduados, sobre todo aquellos que tienen más posibilidades de generar una renovación en la planta docente y en los cuadros directivos de las instituciones, en la planta académica de cualquier institución del país, del sector educativo, del sector salud, energético? En términos estadísticos, la curva se va desplegando hacia la derecha. ¿Esto qué quiere decir? Que el promedio de edad va aumentando de manera consistente y no estamos teniendo un mecanismo de renovación.

Debemos planificar para los próximos veinte o treinta años, es necesario trabajar en las estrategias que nos permitan alcanzar esos objetivos a favor del desarrollo profesional de los jóvenes. El reto radica en atender lo cotidiano, pero también lo trascendente, pues lo trascendente no es lo inmediato.

Hago esta reflexión porque si no logramos un cambio que nos permita empezar a ver al país con esta perspectiva de largo y mediano plazo, honradamente no creo que vayamos a resolver los problemas, ni llegar a la raíz de estos problemas.

**Es evidente que por eso también los jóvenes emigran al extranjero en busca de oportunidades que aquí se les niegan, lo que se tiende a llamar “fuga de cerebros”.**

Así es, la “fuga de cerebros”, como le llaman, consiste en que personas bien preparadas, sobre todo en lo que tiene que ver con la ciencia, con la tecnología, que concluyen sus estudios en México y que van a hacer algún complemento al extranjero, o bien, que al terminar, no encuentran aquí espacios para desarrollarse. Países como Estados Unidos, que tienen una política muy vigorosa para captar todos estos talentos, inmediatamente los contratan.

Es enorme el costo que representa para México que uno solo o miles de jóvenes que se han formado en el país, al no encontrar oportunidades de empleo o de desarrollo, salgan hacia el extranjero. Sólo dos de cada diez egresados de las universidades encuentran empleo, la fuga de talentos es alarmante, hay que establecer una política vigorosa para retenerlos.

No debemos quedarnos con los espejismos que a veces nos generan algunas cifras macroeconómicas, que si bien pueden ser alentadoras, no reflejan la realidad nacional. Le costará aun más al país no tratar de revertir esta tendencia, porque si ahora no se toman las medidas adecuadas, no podrá detener la salida de cientos de investigadores mexicanos del país en los próximos años.

En este sentido, es urgente la instrumentación de un programa vigoroso de repatriación de científicos, con la finalidad de que los miles de jóvenes que actualmente aportan sus conocimientos en el extranjero tengan las condiciones para regresar al país y continuar con su labor en las instituciones educativas nacionales. Se deben tomar medidas radicales, entre ellas el crecimiento de la inversión del Estado en investigación científica y desarrollo tecnológico a un ritmo sostenido durante diez o quince años, para

alcanzar la meta de llegar al 1.5 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) año tras año, en un pacto donde participen el Estado, el Congreso, los partidos políticos y la sociedad.

**Un tema que se presenta en cada ciclo escolar es el de los llamados “rechazados”. ¿Cómo podemos lidiar con la necesidad, por un lado, de tener mecanismos de selección que permitan evaluar el desempeño de los estudiantes, y por otro, la inercia demográfica que un país como el nuestro enfrenta día a día?**

En efecto, lo que nos ha venido ocurriendo en México es que la demanda está rebasando la oferta, y también en la UNAM desde hace varios años he venido señalando que no se han creado las universidades o las opciones necesarias para contender con esta creciente demanda de jóvenes que están terminando la secundaria y quieren entrar al bachillerato, que están terminando el bachillerato y quieren entrar, si no a una universidad, por lo menos a un instituto tecnológico o a una institución que les permita continuar con su preparación, y tienen todo el derecho.

Tampoco podemos pensar que a la Universidad se entre por la vía de la presión, del chantaje. A la Universidad se tiene que entrar como todo mundo entra a la UNAM, por examen. Los que entran al bachillerato presentan su examen. Los que no hicieron el bachillerato en la UNAM y quieren entrar a la licenciatura, presentan su examen.

La UNAM hace el mayor de los esfuerzos; en estos últimos años ha ampliado la matrícula hasta donde ha sido posible. La UNAM no puede ser la única responsable de todo el sistema educativo medio superior y superior del país. ¿Qué otra universidad —ya no digamos en México— en el mundo admite en primer ingreso a 35 000 estudiantes en bachillerato y 20 000 en licenciatura? No vamos a encontrar otra en el planeta. Es necesario cobrar conciencia; el problema va seguir creciendo hasta el año 2025, porque la demografía, que es una ciencia social exacta, así nos lo muestra.

Creo que José Narro lo ha entendido muy bien. La UNAM no se ha detenido, sigue creciendo hasta donde se puede; solidaria con la sociedad, no renuncia a su compromiso con la educación media superior, ni con los sectores más pobres. Hay quienes quieren una Universidad elitista; no fue el caso en mis tiempos y para bien de todos, tampoco lo ha sido en la gestión del doctor Narro.

¿Cuál es la responsabilidad del Estado? No ha habido la respuesta clara del Estado que tendría que haber llegado hace ya algún tiempo para satisfacer esa creciente demanda. Los mercados no tienen sensibilidad para eso. Se han creado muchas escuelas privadas, algunas son muy buenas, otras muy malas y son grandes negocios que están proliferando por el país. Ojalá que la oferta educativa a nivel medio superior y superior en el sector público crezca para que pueda satisfacer esta demanda que hoy por hoy nos está rebasando. Desafortunadamente no hay en México una verdadera política de educación superior.

---

## EDUCACIÓN Y PRESUPUESTO

### **¿Qué opinas de la actual política gubernamental en torno a la educación y en especial en torno a la Universidad pública?**

Es grave el problema que representa la falta de una definición explícita por parte del Estado mexicano en relación con el financiamiento de las universidades públicas. La Universidad, con todo su potencial, con ese enorme esfuerzo colectivo acumulado a lo largo de muchas generaciones, podría rendir mucho más en beneficio de México si contara con un apoyo más decidido por parte del Estado mexicano para poder llevar a cabo las tareas que ya realiza y hacer más de las que están en curso.

Lo que preocupa es que justamente ante los cambios que estamos viviendo dentro y fuera del país el problema del financiamiento de las universidades públicas no esté cabalmente representado como uno de los grandes temas a discutir por parte de toda la sociedad mexicana. Si no decidimos con mayor precisión cuáles van a ser los compromisos del Estado y cuáles son los que les toca asumir a las universidades y a la sociedad en su conjunto en materia de financiamiento, todo el sistema público de educación superior estará en grave riesgo en el futuro cercano.

No puede seguir habiendo una política discrecional al respecto. La Universidad ha logrado recursos para poder mantener sus programas y sus actividades fundamentales, con estrecheces pero con responsabilidad de mantenerlos.

Ante un futuro incierto, qué difícil resulta poder hacer una planeación más inteligente, qué difícil resulta poder verdaderamente plantear programas de desarrollo, que al final son en buena medida programas de desarrollo social con una visión de largo aliento, cuando no se tiene ni siquiera la certeza de poder contar al año siguiente con los recursos necesarios para mantener las actividades que ya están en marcha.

Es fundamental tratar de aprovechar estos nuevos tiempos que se están dando en México y que habrán de marcarse como definitivos para el futuro del país, para que entremos al análisis, la discusión y la definición explícita que una política de Estado para las instituciones públicas de educación superior, y junto con ello los problemas económicos no pueden disociarse de los problemas sociales, las políticas económicas no pueden disociarse de las políticas sociales. Hay más sensibilidad sobre estos temas por parte de los legisladores que de las autoridades educativas.

## **¿Consideras que sigue habiendo un embate desde distintos frentes contra la educación pública?**

No sé si llamarlo embate, es un término muy fuerte, pero ciertamente hay una concepción de lo que debe ser la educación subordinada a intereses económicos, a principios de lucro mayor y a una productividad estrictamente económica. La mayoría de las universidades en todo el mundo están dando una gran resistencia. Ha sido un tema recurrente en las reuniones de la Asociación Internacional de Universidades (IAU).

Es necesario aplicar acciones que resuelvan lo coyuntural y establecer políticas de Estado de mediano y largo plazo, con presupuestos multianuales, que contemplen la posibilidad de que en México la innovación tecnológica se convierta en una palanca de progreso y no nada más en una buena excusa para los discursos.

Ante una política de presupuesto limitado, valdría la pena que nos hiciéramos las siguientes preguntas: ¿Es o no prioritaria la educación superior en México? ¿Es o no prioritaria la investigación y el desarrollo? ¿Queremos o no mejorar nuestra productividad y ser más competitivos? ¿Podemos ser competitivos si no contamos con una ciencia y una tecnología propias?

Para contender con las presiones que derivan de ese proyecto es urgente contar, como lo he dicho muchas veces, con una política de Estado en educación superior para evitar que por la vía de la falta de financiamiento se asfixie gradualmente a las universidades públicas. Si no existe una política de Estado avalada por los poderes públicos y las universidades, caemos en respuestas simplistas de dividir el presupuesto de la universidad entre el número de estudiantes para decir —como se ha hecho, por ejemplo— que el costo por alumno en la UNAM es altísimo. El Estado tiene que mantener y fortalecer la rectoría y el mandato constitucional en materia educativa.

No podemos permanecer callados cuando vemos que año tras año el presupuesto para investigación y desarrollo para ciencia y tecnología lejos de crecer, decrece. En 2004, planteé la conformación de un “Pacto de Estado” con la creación de una agencia estatal para el financiamiento de la investigación, y un plan estratégico de inversión de mediano y largo plazo, y a la vez establecer un cuerpo colegiado que formule las políticas de ciencia y desarrollo del país. Para ello propuse incrementar la recaudación fiscal con base en acuerdos y consensos que se articulen, esto es, encontrar mecanismos viables para que la recaudación se incremente.

Sin ciencia propia en un mundo cada vez más interdependiente, nuestro destino como país no podrá ser otro que el de jugar un papel cada vez más secundario en el contexto internacional y seguir supeditados, con pocos mecanismos de defensa, a las fuerzas que emergen de las economías más poderosas, las cuales cuentan con una vigorosa planta científica y tecnológica. Los problemas de la educación y la ciencia son múltiples. El asunto no puede evadirse ni disimularse. Si se trata de enderezar la agenda del país, debemos empezar por poner acento en los temas de fondo, los que nos van a sacar adelante, los que nos van a permitir ser un país más libre y soberano.

**En los últimos años se ha dado un fenómeno singular: la aparición de “universidades globales”, es decir, universidades que funcionan de forma parecida a las franquicias de comida rápida. ¿Qué retos plantea esto al sistema educativo?**

El problema es que donde prevalece la ley de mercado, la educación se desnaturaliza. Ocurre que el mercado no es precisamente sensible a las aspiraciones sociales de los países ni es necesariamente solidario con sus mejores causas. Si lo esencial en la política es dar respuestas a los problemas de la sociedad, hoy más que nunca la política debe centrar su mirada en la educación para encontrar soluciones a dichos problemas y tratar de sacar el mejor provecho, tanto de la globalización como de la revolución tecnológica.

La aparición de instituciones “globales” cuyo único interés es de carácter lucrativo, en donde la libertad de cátedra y de investigación no tiene ningún lugar ni merece importancia alguna; la calidad tampoco es un factor que las caracterice. Esta visión ideológica tiene graves efectos en algunas de las disciplinas que son fundamentales en el contexto de la universidad y del desarrollo del país. Me refiero, sobre todo, a las humanidades, a las ciencias sociales y, en no pocos aspectos, a las artes mismas. Dentro de una concepción donde el lucro se convierte en el único elemento que determina la toma de decisiones, estas disciplinas parecen no tener una clara expresión en los nichos laborales que generan los mercados, por lo que van siendo subordinadas, y cada vez más segregadas del contexto de la educación superior. Desde luego, hay excepciones muy dignas de tomarse en cuenta, por cierto.

En consecuencia, las humanidades van desapareciendo de la currícula de muchas instituciones educativas que hoy en día, de manera poco inteligente e irreflexiva, han optado exclusivamente por constituir instituciones donde se le da predominio a ciertas disciplinas y carreras cuyos egresados parecerían tener una mayor posibilidad de insertarse en los esquemas de la economía en boga.

El problema es grave. Ninguna institución de educación superior que se presuma completa puede hacer a un lado a las humanidades y las ciencias sociales; al contrario, todos los países requieren formar capital humano en una amplia gama de disciplinas. En efecto, en México necesitamos ingenieros y expertos en informática; en diversos campos de la tecnología necesitamos gente preparada, con sensibilidad social en las disciplinas económicas; pero México también necesita cada vez más filósofos, filólogos, literatos, sociólogos, antropólogos, directores de cine y de teatro, poetas y artistas. Es verdaderamente absurdo pensar que México puede tener un desarrollo digno, independiente, completo, si no seguimos nutriéndonos de esa enorme riqueza que representa el campo de las humanidades para el desarrollo integral del país.

El ex presidente checo Václav Havel decía en una conferencia que dictó en la Universidad de Nueva York: “Hay que escuchar detenidamente la voz de los poetas y tomarla muy en serio, quizá mucho más en serio que las voces de los agentes de bolsa”. Sin embargo, al mismo tiempo, no podemos esperar que el mundo se transforme en un poema en manos de los poetas. Si la humanidad quiere sobrevivir, el orden político tiene que ir acompañado de un buen desarrollo de las diversas esferas de la cultura, los valores

y los imperativos morales básicos, que son los únicos cimientos sólidos para la coexistencia civilizada en este mundo globalmente interconectado.

**¿Consideras que sigue latente la necesidad de un “iberoamericanismo” a nivel regional para hacer frente a las circunstancias mundiales?**

Como rector de la UNAM, en el Encuentro Iberoamericano de Rectores en la Universidad de Sevilla, España, que se llevó a cabo en mayo de 2005, hice un llamado a las universidades de España, Portugal y América Latina, a las empresas y a la sociedad civil, a impulsar un nuevo concepto de iberoamericanismo, que fuera más allá de las relaciones estrictamente diplomáticas entre los Estados.

Este nuevo concepto de iberoamericanismo ayudará a compensar los efectos nocivos de la globalización, para encontrar el camino del desarrollo y defender nuestras culturas, lenguas y tradiciones. Hice mención de que las universidades presentes, que tienen bajo su responsabilidad la educación de más de siete millones de jóvenes y bajo su amparo el desarrollo de las ciencias y la tecnología que más se cultiva en la mayoría de sus países, comparten la convicción de que una universidad fuerte, abierta, moderna, crítica y participativa las fortalece y las une.

Ya existen mecanismos de reflexión y de acción que funcionan y se están ampliando. Por ejemplo, en la Red Continental de Instituciones de Educación Superior participan más de 500 universidades de grupos como la Unión de Universidades de América Latina (UDAL), Macro Universidades Públicas de América Latina y el Caribe, la ANUIES, la Asamblea Nacional del Perú, el Consejo de Rectores de Panamá y la Asociación Iberoamericana de Educación Superior a Distancia. Entre sus objetivos principales están impulsar la educación como bien público; fortalecer las acreditaciones múltiples; impulsar posgrados conjuntos, y frenar la brecha educativa con el primer mundo. Se va avanzando, qué bueno.

---

## UNIVERSIDAD Y PROYECTO DE NACIÓN

**Ésta es una pregunta polémica, pero la tengo que hacer: ¿cuál debe ser el papel de la Universidad en la política nacional?**

En efecto, siempre causa polémica. Pero es muy sencillo. En relación con la parte institucional, la Universidad siempre ha jugado y va a seguir jugando un papel muy importante en la consolidación de nuestra democracia. Discutir la democracia, los planteamientos de los universitarios, de los partidos en un ambiente crítico, riguroso, forma parte de la esencia de la Universidad.

Ahora, veamos: la UNAM es un espacio abierto, por lo tanto, la UNAM debe tener siempre abiertas sus puertas a todos aquellos protagonistas de la política que quieran debatir, plantear sus ideas y escuchar cuestionamientos. En tiempos electorales, la Universidad tendría que dar el ejemplo, seguir dando muestras de enorme civilidad, organizando conferencias, seminarios, coloquios, en fin, una serie de eventos donde se analicen las propuestas políticas de todos los actores políticos de forma democrática y seria. Ése debería ser el papel de la Universidad en la política. Las puertas de la Universidad deben estar abiertas a estos ejercicios y debates. Lo único que se les pediría a los partidos políticos es que, si tienen interés en entrar en la Universidad, respeten la vida interna de la institución, y que en un acuerdo explícito y claro estas actividades puedan ser muy enriquecedoras, al elevar y fortalecer el debate entre los universitarios.

Por otro lado, es importante reiterar que la UNAM no es una institución de militancia sino de reflexión y propuesta. El día que la Universidad se convierta en una institución militante ese día se acaba la Universidad, se desnaturaliza, se elimina, y eso no se debe permitir. La Universidad es un espacio abierto, libre para la discusión y el análisis, pero no puede asumir una militancia partidista.

**¿Crees que la Universidad sigue participando en la configuración del proyecto de nación que promueve el desarrollo del país, o ha sido relegada?**

Estamos en una situación compleja. Al igual que casi todo en el mundo actual, las relaciones entre la Universidad y la sociedad han cambiado, y se encuentran en un proceso de redefinición que nos plantea enormes retos desde el punto de vista intelectual y conceptual, pero también económico y político. La Universidad ha dejado de ser, desde

hace tiempo, el claustro cerrado que fue durante siglos. Ese espacio, antes casi exclusivamente destinado a la reflexión, se ha convertido, sin perder su esencia, en un sitio abierto al debate de todas las ideologías; un espacio en el que la pluralidad y la tolerancia son hoy los ejes fundamentales que norman la vida de las comunidades.

Por eso la relación entre Universidad y sociedad se ha vuelto mucho más compleja. Hoy en día se caracteriza por una serie de influencias recíprocas: la Universidad ejerce influencia importante sobre la sociedad, y la sociedad, que auspicia a las universidades, también influye sobre éstas y les plantea continuamente nuevas exigencias y demandas. La Universidad tiene obligaciones claras con la colectividad, pero al mismo tiempo debe mantener sus principios fundamentales, que le han dado no sólo la capacidad de sobrevivir durante muchos años, sino de adaptarse a los cambios continuos que la sociedad ha tenido a lo largo de la historia.

Podríamos definir la misión actual de la Universidad con las conocidas palabras de Alfonso Reyes: “En la universidad cabe todo, menos lo absurdo”. A pesar de ser una definición necesariamente amplia y abstracta, creo que refleja muy bien lo que hoy en día deben ser las universidades: espacios en los que, en efecto, quepa todo, menos aquello que por absurdo no pueda tener un lugar en una casa donde la razón, el espíritu crítico, el análisis y la libertad son elementos fundamentales.

El reto radica en que la Universidad pueda adaptarse a los cambios vertiginosos de los últimos tiempos, y que al mismo tiempo no desvirtúe su esencia ni su misión esencial. La misión de la Universidad, independientemente del contexto en que esté inmersa, sigue siendo la misma: la enseñanza, la investigación y la extensión del conocimiento y la cultura entre amplios sectores de la sociedad; es decir, la academia sigue siendo la razón de ser y el pilar de la Universidad. Esto resulta muy importante debido a que, como consecuencia de diversas influencias y presiones sociales, económicas y políticas, la Universidad está en riesgo permanente de perder la brújula, de tomar una orientación diferente, y correría entonces, a mi juicio, el grave riesgo de desnaturalizarse. Por ello la Universidad, al estar inmersa en los problemas de la sociedad que la auspicia, no puede ser una institución militante; no puede plegarse a los dogmas ni a las doctrinas ni a los intereses políticos en boga; menos aún a las leyes económicas que actualmente ejercen una enorme influencia sobre la vida de todos los países.

Para preservar su misión fundamental, la Universidad tiene que mantener los elementos primordiales que permiten el desarrollo de la academia: la libertad, la autonomía y la independencia. Hoy en día resulta primordial que la Universidad sea, ante la complejidad en la que estamos inmersos, sensatamente independiente. Si pierde esa capacidad, dejará de ser la conciencia crítica que las sociedades requieren forzosamente para poder examinarse y encontrar mejores caminos para su desarrollo.

La academia le da sentido a la Universidad y es lo que le permite ser y mantenerse como una institución viva y vigente, independientemente de los cambios sociales y políticos. Por ello, la compañera inseparable de la academia es la autonomía. Sin ésta, simple y sencillamente, no puede haber libertad académica, y la academia sin libertad no

es academia. Como reclamo generalizado y legítimo de la sociedad, la primera responsabilidad de la Universidad es elevar la calidad de los servicios que ofrecemos en las universidades. Estoy seguro de que la sociedad mexicana está dispuesta a seguir aportando recursos para subsidiar a las universidades públicas, pero a cambio exige, y con razón, que los servicios que recibe sean de la mejor calidad posible: servicios educativos, de investigación y de difusión de la cultura, que permitan que sectores cada vez más amplios de la sociedad, aun cuando no estén matriculados, puedan beneficiarse de los servicios que la Universidad proporciona.

**Pero la Universidad pública tiene, además, otras responsabilidades, como la rendición de cuentas, ¿no?**

Desde luego, hay otras responsabilidades. Una de ellas, ineludible, es la transparencia y la rendición escrupulosa de cuentas sobre esos recursos. En los últimos años, la Universidad, por fortuna, se ha movido en esa dirección, que ha sido benéfica para la propia institución y para la sociedad en su conjunto. El mito de que la autonomía impedía ofrecer cuentas públicas auditadas ante los poderes que le otorgan el subsidio, ha quedado desterrado, precisamente en ejercicio de la autonomía universitaria. Hoy, la UNAM, como todas las instituciones que reciben recursos públicos, presenta sus cuentas a la sociedad y las somete a revisión minuciosa por parte del Poder Legislativo. Éste es un paso que, lejos de vulnerarla, ha fortalecido la autonomía universitaria.

Es algo recíproco. La Universidad ha sido crítica, y debe seguirlo siendo, en muchos aspectos de la vida social, política y económica del país. Pero esa crítica conlleva también responsabilidades ineludibles: el buen juez por su casa empieza. Por eso me parece fundamental que hoy los poderes públicos, en particular el Legislativo —que es el que tiene la decisión final de definir y asignar los presupuestos del gobierno federal—, conozcan oportunamente y de manera clara y transparente cómo fueron usados. No se trata de que digan en qué usarlos, sino de que conozcan de manera oportuna cómo se usan. Esta diferencia, aparentemente sutil, en realidad es fundamental, porque si fueran los poderes públicos quienes le dictaran a las universidades cómo usar los recursos del subsidio, habría una violación clara a la autonomía universitaria. Pero si la Universidad, al término del ejercicio fiscal correspondiente, presenta sus estados contables debidamente auditados y los somete al escrutinio de los órganos competentes de la Cámara de Diputados, lo único que hace es fortalecer su autonomía y, sobre todo, aumentar la credibilidad y la confianza de la sociedad en las universidades.

Ciertamente no son éstas las únicas obligaciones de la Universidad en la actualidad: la sociedad le pide a la Universidad que participe en muchas otras actividades que antes no le eran propias. Inclusive se llegó a pensar que no eran parte de sus funciones, pero la Universidad se va convirtiendo en una institución cada vez más esencial para la vida democrática y para la preservación de los derechos civiles fundamentales de la sociedad.

## **¿Cómo se interrelaciona la Universidad con conceptos como democracia, justicia, tolerancia y soberanía, en un mundo como el actual, globalizado y dominado por la lógica de mercado?**

Ése es un asunto fundamental y crítico en los momentos actuales. No exagero si afirmo que hoy en día la Universidad es prácticamente el único contrapeso que tienen las sociedades contra el pensamiento único; constituyen el mejor freno del que disponen las sociedades contra los preocupantes fundamentalismos religiosos, étnicos y económicos. Desde luego, la relación entre Universidad y sociedad ha cambiado, como ha cambiado casi todo en los últimos años en un mundo cada vez más interdependiente y globalizado. Han cambiado las estructuras y las formas del poder, las expresiones de la cultura, los principios de la soberanía, los conceptos de identidad, derechos humanos y ciudadanía. Prácticamente se han trastocado, en mayor o menor grado, todas las ideologías que prevalecieron en el siglo xx: liberalismo, socialismo, anarquismo, marxismo, comunismo, conservadurismo, democracia cristiana y socialdemocracia, por mencionar algunas.

A este fenómeno complejo y amenazante, que al mismo tiempo puede abrirnos algunas oportunidades, lo denominamos comúnmente globalización, y tiene que ver, sobre todo, con dos grandes vertientes: la formidable revolución de la tecnología de la información y las comunicaciones, y el predominio de la economía de mercado. No obstante, el fenómeno de la globalización ha tenido efectos diferentes en Europa y en Estados Unidos, en Latinoamérica y en Medio Oriente; y esta diversidad de efectos se expresa también en las universidades. Hay que tener presente que no todo es economía, que no solamente existen los mercados, y que nosotros no existimos sólo para los mercados. Sin duda, el mercado es necesario para el desarrollo económico de los países, pero también hay que reconocer, como parte de nuestra responsabilidad social, por nuestra capacidad reflexiva y crítica, que el mercado también genera exclusión, intolerancia, marginación y pobreza. Una política pública que subordine la educación al mercado es una política equivocada. La llamada “nueva economía” —la que se nos anunció que no tendría ciclos ni fallas— sí falla y es más vulnerable de lo que suponían quienes han sostenido que este modelo es el único camino para alcanzar el desarrollo, la paz y el progreso.

En el caso de la educación, este predominio absurdo de la ideología de mercado está teniendo otro efecto que, a mi juicio, es también grave, por lo que no podemos permanecer indiferentes ante él. Por todo eso, la misión y la función de la Universidad, sin perder su esencia, se ha vuelto más compleja. Una de estas funciones me parece fundamental y puede constituirse en una suerte de resistencia de la academia ante los embates continuos del mercado: radica en fortalecer el humanismo y la responsabilidad social, pero entiendo esto más como un proceso que como un fin en sí mismo, que será difícil de alcanzar si no centramos más nuestra atención, precisamente, en aspectos que tienen que ver con la cultura y los valores éticos. Ése es el tipo de capital que requiere México; es el capital que se siembra en las familias, que se forja en las universidades,

que se estimula en las democracias y se expresa en la solidaridad.

Otro de estos valores fundamentales es el de la democracia. Si bien la misión de la Universidad es formar profesionistas y técnicos en las ciencias, las humanidades y las artes, lo es también difundir la cultura, que incluye, por supuesto, la cultura democrática. Así como la democracia no se agota en las urnas, la Universidad no se agota en las aulas; por el contrario, junto con la misión de educar e investigar, toca a la Universidad, también, la grave responsabilidad de formar individuos libres, autónomos, capaces de comprender su entorno y modificarlo, aptos para el ejercicio responsable de la democracia y comprometidos con la sociedad, que sostiene a la institución en la que se educan y forman, donde se tiene que analizar y debatir sobre la infinidad de problemas que nos aquejan: la educación, el medio ambiente, los derechos humanos, la ciencia, la cultura, la salud, la vivienda, la energía, los asuntos indígenas, la equidad de género, nuestras relaciones con el resto del mundo, etcétera.

Buena parte del presente y, sin duda, el futuro del país, pertenece a los jóvenes, y aquellos que han tenido la oportunidad de llegar a la Universidad tienen una responsabilidad social aún mayor, pues en el marco del respeto y la tolerancia, en ejercicio pleno de nuestra autonomía, la Universidad tiene que mantener abiertas las puertas a la pluralidad y la tolerancia, porque éstas son y han sido la esencia de la vida universitaria y porque de esta manera estaremos construyendo también una nueva y mejor relación entre la Universidad y los ciudadanos; una relación de respeto recíproco como corresponde a un país que se afana en madurar en su democracia, preservar sus libertades y fortalecer su soberanía.

---

## ESTADO, SOCIEDAD Y POLÍTICA

**En diversas ocasiones has planteado que en los tiempos actuales se requiere “repensar el Estado”. ¿Podrías ahondar un poco más sobre este concepto?**

He dicho que en estos tiempos es necesario repensar el Estado para que sea moderno, vigoroso, robusto —no obeso— y funcional, a fin de que desarrolle su labor con eficiencia y deje atrás los elementos que hoy resultan obsoletos, como el corporativismo o los rasgos autoritarios. Las acepciones más convencionales y tradicionales del Estado quedaron rebasadas por nuevas realidades nacionales y globales. En consecuencia, lo más oportuno es adaptarlo y adecuarlo a las circunstancias actuales.

Es necesario generar propuestas y opciones que permitan encontrar, en un futuro no distante, mejores mecanismos para un desarrollo económico con más justicia. Las propuestas que generen el debate sólo surgirán de las universidades públicas, no de manera aislada, sino en interacción con las fuerzas políticas, los gobiernos en turno y otros sectores como el empresarial, además de los organismos financieros y nacionales e internacionales. Será en estas instituciones donde, con un ambiente de libertad y con rigor académico, se gestarán las ideas más valiosas, las sugerencias mejor documentadas y las perspectivas más realistas.

Al repensar al Estado seremos más capaces de mantener la soberanía y hacer funcional la división de poderes. Necesitamos seguir avanzando en el proceso de democratización para consolidar lo que hasta ahora hemos alcanzado. La nueva composición política que caracteriza a las instituciones de la República genera realidades inéditas que obligan a repensar la forma en que se estructura el poder político y se regulan las relaciones entre poderes, sin poner en riesgo la gobernabilidad y la estabilidad política. Las instituciones de la República tienen que fortalecerse más allá de la retórica; las salidas a los conflictos deben darse por la vía democrática; los problemas de la democracia sólo se resuelven con más democracia.

**En estos tiempos globalizados, el tema de la soberanía está a la orden del día. ¿Cómo se relacionan ambas: la soberanía y la democracia?**

El tema de la soberanía se mantiene en las prioridades de la agenda pública y en las preocupaciones de quienes pensamos que el concepto mismo de Estado-nación requiere

de una revisión profunda, pero para fortalecerse, no para debilitarse; para lograr que beneficios potenciales de la globalidad en la que vivimos inmersos sean tangibles para la mayoría, cada vez más marginada, y no un elemento de ruptura en la convivencia internacional. El Estado democrático, el Estado social, el Estado de derecho son solamente tres expresiones de la idea de un Estado-nación moderno, que no elude sus responsabilidades.

El reto radica en encontrar el nuevo punto de equilibrio; en dejar atrás las disputas inevitables cuando se encuentran en el camino los discursos de la vieja izquierda y la nueva derecha. Reconocer que cada uno, Estado y mercado, opera en espacios diferentes de la historia, la política, la economía y la sociedad.

El reto intelectual para encontrar este nuevo equilibrio no es tarea sencilla, y el reto político es de enorme complejidad. Debe haber un orden y una secuencia. Primero, revitalizar los mecanismos internos para nutrir a nuestra joven democracia, que se han erosionado y han minado nuestra capacidad de generar consensos y lograr acuerdos; reconocer que sin éstos la democracia retrocede o en el mejor de los casos se estanca. La gobernabilidad democrática necesita mecanismos que le den la vialidad a los cambios que el país requiere. No basta la separación de los poderes públicos; ésta ciertamente es condición necesaria para la vida democrática republicana, pero no suficiente para darle verdadera vialidad a las complejas tareas del gobierno.

Por eso hay que construir nuevos puentes de interacción entre estos poderes para que la cada vez mayor competencia electoral, en sí misma positiva, no se convierta en los hechos en un obstáculo para la consecución de los acuerdos necesarios para que el país avance a un paso más acelerado y en consonancia con el concierto internacional. Si el Estado asegura que la vida democrática se consolida y madura, si no pretende eludir sus responsabilidades sociales y si logra hacer efectivo el predominio del imperio de la ley, habrá de contribuir efectivamente a fortalecer la soberanía de la nación y a interactuar con mayor dignidad y capital propio, que puede ser más social que económico, en este nuevo esquema internacional que no acaba todavía de ordenarse y que nos plantea todos los días nuevos desafíos.

**Sin embargo, desde hace tiempo la política no es bien vista por la gente común, como que se ha deteriorado el concepto de lo que es la política. ¿Qué le hace falta a la política que se hace actualmente en México?**

Así es, se ha desgastado con razón ante los ojos de la gente. En principio, la política debe recuperar su estatus de vía privilegiada para la solución pacífica de los conflictos y la resolución de los problemas de interés general, resultado del ejercicio republicano de valores supremos por encima de intereses particulares o de grupo. Ciertamente, la política también implica oposición y disenso, lo que no significa disputa sin fundamento ni estridencias sin razón. La política como ejercicio permanente de diálogo y participación debe privilegiar la búsqueda de consensos y de encuentros. Esto se puede lograr con

partidos políticos y asociaciones políticas nacionales más transparentes, que den cuenta puntual de los recursos que utilizan y de la forma en que se organizan internamente.

Esto debería tener como resultado organizaciones políticas más confiables y cercanas a la sociedad, lo cual representaría un avance sensible para consolidar nuestra cultura de legalidad y nuestro Estado de derecho, que debe ser igual para todos, sin prerrogativas para el poder en turno, sin menoscabo de los derechos políticos de quienes elevan su voz desde la oposición. En este proceso, los partidos políticos han sido pieza fundamental de la vida pública en nuestro sistema democrático. Son instituciones que nacieron para organizar a los ciudadanos y representarlos en la discusión, definición y toma de decisiones dentro de los temas de interés general. Con ello, los partidos políticos forman gobierno y conforman a las instituciones políticas por medio de la representación que les da el mandato ciudadano expresado en el sufragio efectivo. Los partidos políticos son instituciones al servicio de la soberanía popular que reside en el pueblo, que se instituye en beneficio de éste y que el pueblo ejerce su soberanía por medio de los poderes de la Unión; por eso, los partidos tienen a su cargo la delicada tarea de representar el interés general de los ciudadanos y demostrarlo en acciones de gobierno que busquen mejorar las condiciones de vida y la organización de la sociedad.

Hay que reivindicar la política, reivindicar la ética del funcionario público, reivindicar los principios fundamentales que le dieron vida al Estado mexicano, a la República, al Estado laico, al Estado con un código de ética muy bien definido; eso es lo que necesitamos, una verdadera recuperación de una serie de valores que con el tiempo se vinieron erosionando y que hicieron de la política una actividad mucho menos atractiva y respetada de lo que era antes. A los jóvenes en general la política ya no les dice nada, están más preocupados por obtener un empleo, por acabar sus estudios, por tener espacios de esparcimiento. Los partidos políticos tendrían que atender más a ese sector para satisfacer sus demandas y recuperarlo.

---

## POLÍTICA E IDEOLOGÍA

### **Vayamos ahora a cuestiones más personales. ¿Militas en algún partido político?**

La verdad es que, al igual que la mayoría de los mexicanos, yo no milito en ningún partido. A la hora que tengo que votar, valoro al candidato, al partido, y hago mi elección.

No soy hombre de partidos, nunca lo he sido, nunca he militado. Vivimos en un régimen de partidos y ellos son los que lanzan a los candidatos a la Presidencia y al Congreso. Sin embargo, creo que México se enriquecería si tuviéramos además de los candidatos de los partidos, bajo ciertas reglas, bajo ciertos criterios, algunas otras candidaturas que pudieran resultarle útiles a la sociedad, siempre y cuando el piso sea parejo para todos.

### **Si se diera la circunstancia en algún momento, ¿te gustaría ser candidato a la Presidencia de la República?**

No aspiro a ello, por varias razones. En primer lugar, porque las condiciones en México para poder aspirar y llegar a la Presidencia, que sin duda es un enorme honor y una gran responsabilidad, hoy en día, exigen que los candidatos surjan de los partidos políticos, aunque a veces se afirme lo contrario.

Insisto: yo no soy hombre de partidos, como ya lo dije. Siento que mi espacio está más en el ámbito de la sociedad civil. Me parece muy bueno que la sociedad pueda y deba seguir ganando espacios para incidir en la vida pública, en las políticas públicas, para consolidar la democracia desde una perspectiva que no surge solamente de los partidos políticos, sino de la sociedad misma. Ahí es donde yo encuentro un espacio natural. Por eso nunca he militado en ningún partido.

### **¿Por qué nunca te has afiliado a ningún partido?**

Porque nunca me ha atraído y porque encuentro que los partidos políticos están más metidos en sus luchas intestinas y se han olvidado de la reivindicación de las demandas sociales. Considero que se ha abierto una brecha entre las necesidades de la sociedad, porque la persona común y corriente está preocupada por su familia, sus necesidades, las

que vive cotidianamente, y lo que se plantea a veces en la esfera de los partidos en la cúpula del poder.

En este momento no veo que los partidos hayan tomado la determinación de volver a ver genuinamente los problemas de la gente. Encuentro que hay un divorcio entre las demandas ciudadanas y el partido. De tal forma que no se convierte el partido político en un espacio que necesariamente sea atractivo para muchos de nosotros, para el ciudadano, el irse a meter en una dinámica de pleitos internos, con historias complejas, añejas muchas de ellas, que están más enfrascados en ver cómo ciertos grupos adquieren prevalencia sobre otros, que estar realmente reflexionando sobre los problemas más agudos en México.

Yo encuentro un campo mucho más propicio en la sociedad civil para reflexionar sobre México, sobre sus graves problemas, los que vamos a tener que enfrentar en los próximos años, los que hemos venido posponiendo, los programas que son sexenales, los programas que son más retórica que realidad. Me parece que es más positivo estar metido en la discusión de fondo de los problemas y tratar de generar alternativas, que estar metido en esta dinámica, que al final, no refleja más que la ambición desmedida por el poder, y el poder para mí significa poder hacer cosas para los otros. Ése es el sentido real del poder, pero no se observa que sea en estos momentos el móvil más importante en los escauceos políticos que estamos viviendo.

### **¿Cómo te definirías ideológicamente: de izquierda, de centro o de tendencia hacia la derecha?**

Bueno, primero que nada, hay que reconocer que han cambiado un poco las fronteras de las ideologías, conforme te vas al centro, las fronteras se van diluyendo. La globalización, entre otras cosas, como la creciente interdependencia que hay prácticamente en todas las actividades del que hacer humano, sea economía, educación, cultura, ciencia, nos van metiendo en un espectro de un amplio centro ideológico, en donde reitero que ya no es tan claro dónde empieza la izquierda y donde empieza la derecha. Por eso creo que hablar en los tiempos actuales en términos categóricos, entre izquierda y derecha, resulta más incierto de lo que hubiera parecido hace diez o quince años, o antes inclusive si te remontas a la Guerra Fría. El mundo mismo estaba en un esquema bipolar, había dos grandes núcleos de poder: Washington y Moscú, y esto hacía que la gente se inclinara más por uno que por otro, lo que permitía que hubiera una diferencia más tajante.

Ahora las cosas han cambiado, y yo me ubico —para contestar tu pregunta puntualmente— tirando a la izquierda, reconociendo que hoy el sentido de la izquierda tiene que ver fundamentalmente con los problemas sociales como prioridad, con la protección del medio ambiente, con el espacio para las minorías, con la tolerancia hacia quien piense o actúe diferente de como actuamos nosotros; con la construcción de un nuevo modelo de desarrollo, sustentado en el conocimiento, en la autonomía y la

dignidad de las personas. Creo que éstos van siendo cada vez más los valores de una izquierda que no está reñida con la necesidad de aceptar que el crecimiento económico requiere de la inversión privada, que los grandes empleadores no son el gobierno, sino los empresarios, que para que haya crecimiento y prosperidad se necesitan condiciones que permitan que la inversión se convierta verdaderamente en una herramienta del desarrollo de los países, y no nada más en un instrumento de enriquecimiento de unos cuantos. La izquierda tiene que ver con la distribución de la riqueza y no con su acumulación como nos ha ocurrido en México.

En esa izquierda moderna es donde yo me siento más identificado, pero también creo que esas concepciones de la izquierda que el mundo actual exige no están necesariamente reñidas con ciertos conceptos de la izquierda tradicional, que pueden seguir siendo válidos si se flexibilizan un poco, si se apartan del dogma, y ya no digamos recuperar aquellos que se han erosionado también en las izquierdas: la transparencia, la honestidad, la ética de la función pública, la honrosa medianía en la que vivieron los liberales mexicanos del siglo XIX. Frente a los conflictos que polarizan, los liberales tiramos a la izquierda.

# **IMÁGENES DE LA HUELGA**



© Jesús Ávila



© Jesús Ávila



© Juan Antonio López Olguín



© Juan Antonio López Olguín



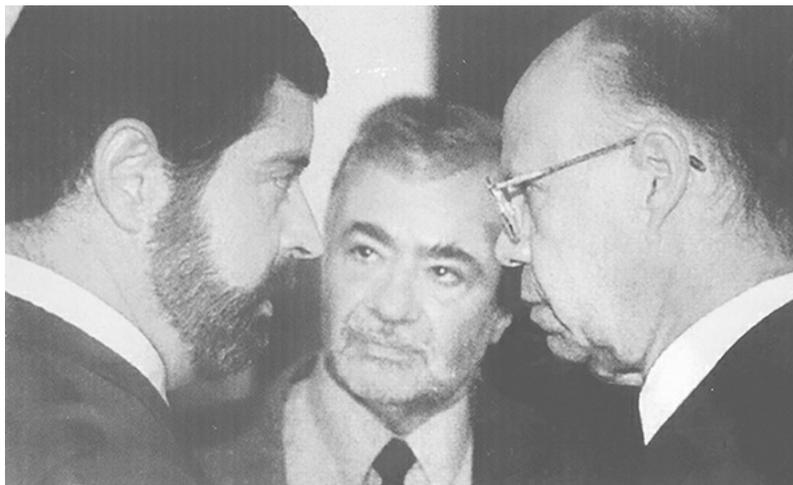
© Juan Antonio López Olguín



© Juan Antonio López Olguín



© Juan Antonio López Olguín



© Héctor García



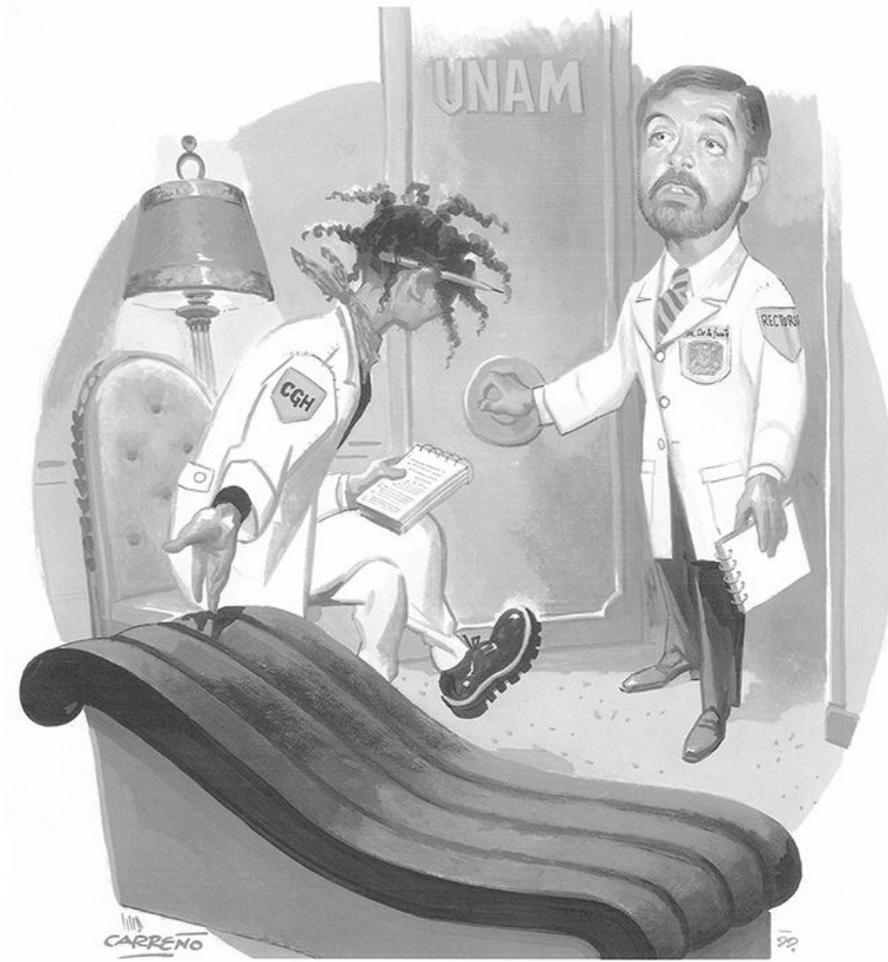
© Bernardo Moncada Rodríguez



© Rafael Freyre



© Luis Carreño



© Luis Carreño

---

# ÍNDICE

Portadilla

Página de título

INTRODUCCIÓN

UNIVERSIDAD EN CRISIS

UNIVERSIDAD PÚBLICA

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

EDUCACIÓN Y PRESUPUESTO

UNIVERSIDAD Y PROYECTO DE NACIÓN

ESTADO, SOCIEDAD Y POLÍTICA

POLÍTICA E IDEOLOGÍA

IMÁGENES DE LA HUELGA

Sobre el autor

Créditos

---

## SOBRE EL AUTOR



**JUAN RAMÓN DE LA FUENTE** es egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM y de la Clínica Mayo de Rochester, Minnesota. Ha sido profesor de la UNAM desde 1980 en donde fue coordinador de la Investigación Científica, Director de la Facultad de Medicina y rector durante dos períodos. Fue presidente de las Academias Nacional de Medicina y Mexicana de Ciencias. Dirigió la Junta Directiva del Programa de la ONU contra el sida, la Asociación Internacional de Universidades en la UNESCO y el Consejo de la Universidad de las Naciones Unidas en Tokio. Es autor o coautor de más de veinte libros sobre temas de salud y educación. Sus publicaciones en revistas internacionales registran miles de citas en la literatura científica. Por sus contribuciones en el campo de las adicciones y la salud mental recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes. Es doctor *honoris causa* por diversas universidades nacionales e internacionales.

Actualmente preside el Consejo del Aspen Institute en México y dirige el Seminario de Estudios sobre la Globalidad en la UNAM.



**IGNACIO SOLARES** (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1945) es autor del reportaje *Delirium tremens* y de novelas como *La noche de Ángeles* (Premio Diana Novedades, 1989) y *Madero, el otro*. En Alfaguara ha publicado *Nen, la inútil* (Premio Fuentes Mares, 1996), *Columbus*, *El sitio* (Premio Xavier Villaurrutia, 1999), *Cartas a una joven psicóloga*, *El espía del aire*, *No hay tal lugar* (Premio Mazatlán de Literatura 2004), *La invasión*, *La instrucción y otros cuentos*, *Cartas a un joven sin Dios*, *Ficciones de la revolución mexicana*, *Presencia de lo invisible*, *El Jefe Máximo* y *Un sueño de Bernardo Reyes*. Ha sido becario de la Fundación Guggenheim. Recibió el Premio Fernando Benítez 2008 por su trayectoria en el Periodismo Cultural y el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2010, en el campo de Lingüística y Literatura. Actualmente dirige la *Revista de la Universidad de México*.

**La Universidad rediviva**  
*Diálogos con Juan Ramón de la Fuente*

Primera edición digital: octubre, 2015

D. R. © 2015, Ignacio Solares

D. R. © 2015, derechos de edición mundiales en lengua castellana:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.  
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,  
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,  
México, D.F.

[www.megustaleer.com.mx](http://www.megustaleer.com.mx)

D. R. © Jorge Matías-Garnica / La Geometría Secreta, por diseño de cubierta  
D. R. © Paola García, por fotografía de Ignacio Solares  
D. R. © Barry Domínguez, por fotografía de Juan Ramón de la Fuente

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibida bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>)

ISBN: 978-607-313-476-7

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook: *eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital*

# Índice

Portadilla	2
Página de título	4
Introducción	6
Universidad en crisis	13
Universidad pública	17
Universidad y sociedad	21
Educación y presupuesto	25
Universidad y proyecto de nación	29
Estado, sociedad y política	34
Política e ideología	37
Imágenes de la huelga	40
Índice	47
Sobre el autor	48
Créditos	50